



INTRODUCCIÓN AL DOSSIER SPINOZA

Juan Vicente Cortés*

El presente “dossier Spinoza” se compone, por una parte, de una serie de trabajos presentados en la Jornada de Estudios sobre Spinoza, realizada el 24 de enero del 2014 en el edificio de la Biblioteca Nicanor Parra de la Universidad Diego Portales. Por otra parte, contiene también los trabajos originales de dos destacados comentadores de Spinoza: Chantal Jaquet y Vittorio Morfino. Cuenta, por último, con dos anexos: el primero, una entrevista a Vittorio Morfino, realizada por Vicente Montenegro y yo mismo, en la que nos cuenta tanto su trayectoria personal al interior del spinozismo como su visión del spinozismo en la actualidad; el segundo, un singular texto sobre Spinoza, *Spinoza, águila y Paloma* (1978), de un personaje también singular, el escritor y editor argentino Samuel Glusberg (quien firmara sus obras bajo el pseudónimo de Enrique Espinoza). Dejaremos a Lorena Fuentes y Pierina Ferretti, especialistas de la obra de Glusberg que amablemente pusieron a nuestra disposición los textos aquí incluidos, la presentación de este personaje. Me detendré, por mi parte, en la sola presentación de los textos que constituyen el cuerpo del dossier.

Es necesario destacar que la parte del dossier dedicada a presentar las actas de la Jornada sobre Spinoza se constituye ella misma de dos secciones. La primera es una selección de las mejores ponencias expuestas por los alumnos del seminario “Introducción a la lectura de las partes III y IV de la *Ética* de Spinoza”, que di para el Magíster de Pensamiento Contemporáneo del Instituto de Humanidades durante el segundo semestre del 2013. Los alumnos expusieron para dicha Jornada los ensayos que presentaron como trabajos finales para el seminario. Y es que la idea rectora de la Jornada –y que sigue orientando la presente publicación– consistía en abrir un espacio para que los estudiantes pudieran confrontar de manera pública sus ideas. Esto porque estoy firmemente convencido de que el saber se construye no en la imaginaria transmisión de un conocimiento que iría de un profesor-sabio a un alumno-ignaro, como la jarra que llena un vaso. Por el contrario, el conocimiento es una producción colectiva, una “cuestión disputada”, y requiere de la confrontación no siempre amigable de las ideas.

Para hacer posible esta confrontación, dos especialistas de la filosofía moderna fueron invitados a participar en la Jornada: sus trabajos forman, de hecho, la segunda sección de las actas. Por un lado, el profesor Homero Santiago, de la Universidad Nacional de Sao Paulo, especialista de la obra de Spinoza sobre la que ha publicado numerosos trabajos. Cabe señalar aquí en particular su estudio *Espinosa e o cartesianismo* (Humanitas, 2004) en el que Santiago se esfuerza por esclarecer los desplazamientos que Spinoza

* Doctor en filosofía por la Universidad Paris 1 Panthéon-Sorbonne (becario Conicyt 2007), actualmente imparte cursos en dos universidades nacionales (Universidad Diego Portales y Alberto Hurtado). Se ha especializado en la obra de Spinoza, particularmente en el problema de la unidad del concepto de libertad y de su relación con los conceptos de afecto y de goce (*fruitio*). Asimismo, se ha dedicado a la relación de Spinoza con diversos autores, en particular Tomás de Aquino (en relación al concepto de *fruitio*) y Hobbes (en relación al concepto de soberanía). Ha trabajado en sus cursos la filosofía política (Maquiavelo, La Boétie, Bodino, Hobbes) y la teoría del conocimiento de la modernidad temprana (Hobbes y Descartes). Es co-director de un libro sobre Spinoza (*Spinoza. La raison à l'épreuve de la pratique*, Publications de la Sorbonne, 2013).

efectúa en la lectura supuestamente expositiva que hace de Descartes, así como el sentido del “*ordo geometricus*” en los *Principios de filosofía cartesiana*. El trabajo presentado por el profesor Santiago intenta abrir una brecha en la dura roca de la necesidad para pensar de manera positiva el concepto de posibilidad. Tarea en extremo difícil a la que el autor se enfrenta de manera lúcida y feliz.

Por otro lado, el profesor Luis Placencia, de la Universidad de Chile, especialista y profundo conocedor de la obra de Kant. Esto no le impide, bien por el contrario, tener amoríos con Spinoza, como lo muestra, entre otras muchas publicaciones originales dedicadas al filósofo holandés, la traducción que hiciera junto a Boris Eremiev del *Tratado de la reforma del entendimiento* (Colihue, 2008). Su trabajo da cuenta de hecho de un encuentro posible (y para algunos acaso desconcertante –a pesar de la larga tradición de especialistas en ambos autores; sólo por mencionar a dos: Victor Delbos y Bertrand Rousset–) entre la filosofía moral de Spinoza y la del propio Kant, encuentro imprevisto operado bajo el concepto de “trascendencia immanente”. Fue entonces, demás está decirlo, un real privilegio contar con la participación de ambos especialistas y amigos.

La otra parte del dossier la constituyen, como dijimos, los artículos originales que dos reconocidos especialistas tuvieron a bien publicar. El artículo de Chantal Jaquet, profesora de la Universidad Paris 1 Panthéon-Sorbonne, cuyo trayecto en el spinozismo me parece superfluo recordar aquí, nos ofrece una interesante reconstrucción del concepto de subjetividad en Spinoza. Para entender bien el propósito de Jaquet, es necesario distinguir entre teoría de la subjetividad y doctrina del *ingenium*, es decir, del carácter particular de un individuo (de su “personalidad”, si se quiere). Mientras que el *ingenium* es el producto de un proceso en el que las causas externas, mediante las pasiones, forman y deforman la idea de la idea del cuerpo (que es la consciencia) –dicho de otro modo, es el “complejo pasional” (P.-F. Moreau) que determina la potencia de pensar de la mente a una expresión puramente imaginaria–, la subjetividad vendría a situarse en el plano mismo de la potencia de actuar de todo individuo y sólo podría ser expresada adecuadamente por la razón (“verdadera potencia del hombre”, como dice Spinoza). De modo tal que la subjetividad sería redescubierta mediante un difícil “giro”, que no es sólo la “reforma del entendimiento” –condición previa para emprender el camino propuesto por la *Ética*–, sino el “retorno” a la potencia de actuar que nos constituye a través de la formación de una idea adecuada de la misma.

El complejo trabajo de Vittorio Morfino es de índole diversa. Se trata para Morfino de dar una nueva vuelta a su interpretación del spinozismo como “ontología de la relación”. La expresión “ontología de la relación” quiere decir algo muy preciso: la realidad modal, la cosa singular debe ser considerada no sólo desde la perspectiva de su dependencia ontológica respecto a la substancia (*esse in alio*), sino también desde el punto de vista de su existencia concreta, es decir de su constitución misma por la conexión (y no sólo la serie) con las otras cosas singulares. Y es que estas cosas singulares componen el individuo que somos al mismo tiempo que nos componemos con ellas para construir nuevos individuos. Desde este punto de vista, es la concepción misma de la esencia la que debe ser revisada –tanto más cuanto se considera el pertinaz prejuicio que, según el autor, vendría de la interpretación de Spinoza propia del idealismo alemán–. La tarea es, entonces, a un mismo tiempo hermenéutica y crítica, especulativa e histórica (o genealógica).

Hermenéutica: la esencia, según el autor, es inconcebible fuera de la existencia. Pero tal interpretación implica una explicación: en efecto, la proposición 8 de *Ética II*, como es sabido, enuncia la posibilidad de concebir “modos no existentes”. Ahora bien, para comprender esta proposición (y explicar así la interpretación de la esencia), nos dice Morfino, será necesario hacer la crítica del modo habitual que se tiene de comprenderla; o lo que es lo mismo, hacer la genealogía de un prejuicio.

Si bien el dossier no posee unidad alguna (acaso el frágil hilo constituido por problemas relacionados con la realidad modal y la manera en que ese modo particular que es el hombre tiene de pensar esa realidad y de pensarse como parte de esa realidad –cuya unidad se dio *après-coup*–), la variedad de lecturas da cuenta al menos de la vivacidad de los estudios spinozistas, así como de la aptitud a afectar y ser afectado del pensamiento del filósofo.

Dejaré las cosas hasta aquí para no aguar más la fiesta que será sin duda leer estos trabajos notables. No sólo los de los comentaristas consagrados o especialistas jóvenes, sino sobre todo de los jóvenes estudiantes, Carmen Ruiz, Álvaro Sánchez y Pablo Concha, que comienzan –así lo espero al menos– un largo, difícil y alegre camino junto a Spinoza.

Quisiera terminar agradeciendo al profesor Juan Ormeño (IDH), por haber participado de manera activa en el encuentro spinozista (comentando el trabajo del profesor Luis Placencia y discutiendo las interpretaciones propuestas por los estudiantes), así como a Chantal Jaquet y Vittorio Morfino, por la gentileza que tuvieron en aceptar publicar un artículo para el presente número. Mis agradecimientos van especialmente a los alumnos que hicieron posible este encuentro, sin temor a la confrontación intelectual –a la que por cierto, es inútil temer–: Pablo Concha, Ely Orrego, Cristián Rojas, Carmen Ruiz, Álvaro Sánchez y Nicolás Soto. A los traductores de los textos de Vittorio Morfino (Constanza Zannetti) y Chantal Jaquet (Mathieu González). A Vicente Montenegro por haber abierto las puertas de la revista que dirige para publicar este número especial dedicado a Spinoza. En fin, cómo no, a los editores de este número, Manuel Ugalde y Álvaro Sánchez.